

cumpliría la última escena del drama forjado por su culpable debilidad.

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? ¿Dirigirse á los testigos? Pero ¿quiénes eran esos testigos? Sabía los nombres de Candale y de lord Herbert; mas ¿qué les diría cuando se presentase á ellos? ¿En nombre de qué suplicaría á los amigos del hombre á quien había engañado?

Porque sin duda alguna para ellos, si conocían toda su historia por las confidencias de su apadrinado, era una coqueta, infame y pérfida coqueta, que se había dejado hacer la corte durante la ausencia de su amante, proponiéndose despedir al nuevo galanteador cuando regresara aquel amante antiguo.

¿Cómo les demostraría su absoluta buena fe, sus concesiones involuntarias, y, sobre todo, aquella abominable anomalía de su corazón, tan sincero y á la vez tan doble, que temblaba por los dos y ante su común peligro?

Y la visión cruel se representaba de nuevo: Julieta veía una herida en un pecho, una frente agujereada por una bala, sangre que corría á borbotones; y con esta sangre, ya fuese de Enrique, ya del otro, su misma vida se iría en inexplicable sufrimiento; y era tan agudo, tan cruel, que ella deseaba morir en el acto para no verlo jamás, jamás...

El reloj dió una hora, y Julieta levantó maquinalmente la cabeza, pareciéndola que las vibracio-

nes de la campana resonaban en la estancia con solemnidad y amplitud desusadas.

Eran las cuatro; hacía ya una hora que Poyanne se había marchado, y ella permanecía allí, sin hacer nada, cuando Gabriela la esperaba, dispuesta á apoyarla en su obra de conciliación; y este pensamiento la hizo levantarse bruscamente; se pasó las manos por los ojos, y á su espantosa postración sucedió ó reemplazó de golpe la fiebre activa de una desesperación inmensa.

En pocos momentos llamó á su doncella, vistiéndose con traje de calle, pidió un coche de plaza y se hizo conducir á la calle de Tilsitt; veinte proyectos diversos se atropellaban en su cabeza, que se desvanecieron súbitamente por un contratiempo inesperado y fácil de prever.

Porque la señora de Candale, no viendo llegar á su amiga, y aguijoneada por la impaciencia, había partido hacia la calle Matignón, y los coches de ambas se habían cruzado en el camino, porque el portero dijo:

—La señora condesa estaba ahí hace diez minutos.

—¡Dios mío!—pensó la señora de Tillières.—¡Si habrá tenido la buena inspiración de aguardar en mi casa!

Tal era, en efecto, el partido más lógico; pero en las crisis de la vida privada, que exigen oportunidad y precisión, los partidos más sencillos son

precisamente aquellos en que menos se piensa; la señora de Candale, devorada por la inquietud, en vez de decirse que Julieta habría ido á la calle de Tilsitt y volvería en seguida, tuvo la idea de llegar hasta la calle Real, decidida, si su marido estaba en el círculo, á llamarle y á saber por él la verdad.

Julieta llegó á su casa, y allí la dijeron que Gabriela había preguntado por ella, y que marchó en seguida, sin decir nada; y con este nuevo contra-tiempo regresó á la calle de Tilsitt, donde naturalmente tampoco encontró á la que buscaba.

Entonces una idea empezó á germinar en su espíritu, dominándole bien pronto. ¿Cuál era la causa de aquel duelo entre Poyanne y Casal? Un ultraje de este último, aquella palabra ¡cobarde!, lanzada al rostro de su enemigo... Luego si se obtenía de él que retirase esa palabra, que se excusase de aquel ultraje, el duelo era imposible...

¿Si se obtenía de Casal todo esto? ¿Y por qué no obtenerlo ella misma? ¿Por qué no dirigirse á él inmediatamente, mostrarle su dolor, pedirle que hiciera lo posible por evitar el encuentro?

Lo que el honor prohibía á Poyanne, el otro podía y debía hacerlo si la amaba; y él la amaba, sí, la amaba. Si no la amase, ¿se habría dejado arrebatar hasta ese extremo por la cólera?

¡Oh! ¡Aquel pensamiento era la salvación! ¿Cómo no se le había ocurrido más pronto?

Su coche estaba entre la calle de Tilsitt y la de Matignón cuando ella tuvo semejante idea, y quedaba ya poco tiempo para realizarla, porque eran las cinco, y á las siete debía estar de vuelta para comer con su madre, y á las nueve llegaría Enrique...

El exceso de su angustia la enloquecía, y como si fuera presa de un ensueño, golpeó con su diminuta mano en el vidrio del carruaje y dió al cochero la dirección de la casa del hombre de quien dependía, según ella pensaba, toda su suerte.

Apeóse delante del hotel de la calle de Lisbonne, llamó en la puerta, preguntó por el señor Casal y la enormidad extraña de aquel paso no se representó en su imaginación sino cuando ella entró en el saloncito; y entonces, asustada, extrañada, miró las paredes de aquella estancia, sus tapicerías, sus armas, sus cuadros, el desorden elegante de su mobiliario.

—¡Dios mío!—dijo en alta voz.—¿Qué he hecho? Era ya tarde, porque Raimundo entraba en aquel momento.

Estaba en su despacho, ocupado, como Poyanne en aquella misma hora, en el arreglo de las disposiciones que preceden á un duelo verdaderamente serio, cuando el ayuda de cámara le anunció la visita de una señora que no quería decir su nombre; é imaginóse al punto que alguna indiscreción de Luis de Candale se lo había revelado

todo á la condesa, y que ésta llegaba á su casa para obtener de él que dejara á su marido arreglar el asunto.

Mas cuando reconoció á Julieta su asombro fué tan extraordinario, que permaneció inmóvil algunos segundos en el umbral de la puerta; y al verla tan pálida, trémula de emoción, que no podía ocultar, comprendió que ella lo sabía todo; ¿y por quién si no por Poyanne?

Instintivamente se hizo el mismo razonamiento contra su rival que este rival se había hecho contra él, y ante aquella nueva prueba de la intimidad existente entre los dos, Casal sufrió, él también, involuntario acceso de furor celoso.

—¿Vos aquí, señora?—dijo después del primer sobresalto de sorpresa, y con brutal ironía.—¡Ah! ¡Comprendo!... Venís á pedirme la vida de vuestro amante...

—¡No!—respondió ella con voz quebrantada.

Porque, en efecto, aquellas palabras la habían herido en lo más vivo, en lo más palpitante de todo su sér.

—¡No!—repitió.—No es su vida lo que vengo á pedir, es la mía... No puedo agregar á los dolores que sufro hace largos días el de saber que dos hombres de corazón, como vos y él, se ponen en riesgo de morir por faltas mías... Sólo vos podéis deshacer lo que habéis hecho, y por eso he querido veros, hablaros, suplicaros, si es menester, que ten-

gáis lástima de mí, que no puedo sufrir más, que no sobreviviré á una desgracia...

Y habló sin calcular sus palabras, sólo viendo ante ella, en aquel instante, el desafío de los dos hombres y su voluntad de conmovér á todo precio á Casal, y no reflexionando que tales palabras equivalían, para aquél, á una confesión explícita.

Si ella hubiese tenido suficiente calma, habría intentado primero averiguar lo que él sabía de las relaciones existentes entre ella misma y Poyanne; pero lo que caracteriza las horas de crisis apasionadas es precisamente el olvido de precauciones, la ausencia de análisis de los otros.

Porque Casal, después de su conversación con la señora de Candale, y aun después de la violenta escena del teatro Francés, flotaba todavía en la duda: él procedía como si Julieta fuese la querida de Poyanne, y se decía que lo era, y se hubiese considerado como insensato no diciéndolo; pero en realidad lo ignoraba en absoluto.

Esto sucede cuando se ama: los más ligeros indicios sirven de materia á las peores sospechas, y las pruebas más convincentes, ó así consideradas, siempre dejan un pequeño lugar á la esperanza.

Raimundo, en la súplica lastimera de la señora de Tillières, no escuchó sino esa prueba decisiva, la prueba de que ella era la querida de Poyanne, porque al hablarla de este hombre había dicho:

«Vuestro amante,» y ella le respondía: «No vengo á pedir os su vida;» luego aceptaba el hecho como cosa bien patente, definitiva, como el punto de apoyo en aquella conferencia, y á esta idea, herido su corazón como con un garfio enrojecido por el fuego, dirigióse hacia ella con los brazos cruzados, imponente, terrible, y dijo:

—¡Luego confesáis que es vuestro amante!... ¡Ah! A pesar de todo, yo no podía, no quería creerlo... ¡Vuestro amante! ¡Es él vuestro amante! No, me habéis engañado mucho, mucho... ¡He sido tan niño con vos! Habéis debido reiros de este Casal que iba á vuestra casa, rendido de amor, siendo vos la querida de otro... ¡Y yo os amaba como no he amado nunca!... ¡Y no me atrevía á hablaros de mi sentimiento!... Mataré á vuestro amante, señora. ¿Lo oís? Mataré á vuestro amante, tan cierto como vos me habéis mentido por espacio de dos meses, día por día, hora por hora... ¡Ah! Comprendo que os divertieseis diciéndoos, en vuestro orgullo de mujer hermosa: «¡Pobre joven! ¡Es desgraciado! Pero ¿de qué se queja? No le he prometido nada y nada le he dado... Si él me ama, ¿es culpa mía?...» Sí, señora; es culpa vuestra... y ya que sólo puedo heriros en vuestro amante, en ese amante que ha ido á entregaros el secreto de nuestro desafío, para salvarse acaso, en él, en él os heriré... Aconsejadle que no falte mañana su pistola... porque yo... haré lo posible para

que la mía no falte... Y ahora, señora, adiós; no tenemos nada que decirnos...

¡Qué cruel discurso! ¡Cómo contrastaba con el respeto de todas las frases que habían salido de los mismos labios desde la noche del banquete en el hotel de Candale, ante aquella mesa adornada del tapiz de violetas rosas! ¡Cómo el salvaje, el invencible amor había arrojado á aquellos dos seres fuera de la corrección de la buena sociedad, para que él hablase así, en tales términos y con tan áspero acento, y ella le escuchase!

Porque ella le escuchó sin interrumpirle, anonadada por aquel desprecio que no merecía, á pesar de las apariencias, y contra él protestaba todo su amor.

Aquella aspereza de lenguaje de Casal la enloquecía, hiriéndola en la parte más sensible de su corazón, y llamándole por vez primera con el nombre que ella mentalmente repetía tantas veces, hacía largos días, respondió:

—No, Raimundo, no puedo sufrir que me habléis así, que me juzguéis así... ¿Cómo no se ha levantado una voz en vuestro corazón para defenderme? ¿Cómo no me hacéis la justicia de pensar que no lo sabéis todo? ¿Cómo vos, que conocéis la vida, no os habéis dicho, cuando empezásteis á sospechar de mí: «Esta mujer es víctima de una fatalidad que ignoro, pero no es una coqueta? Ella ha sido y es sincera conmigo; ella me ha amado...»

Sí, Raimundo: os he amado, os amo todavía... Si así no fuese, ¿cómo la idea de ese desafío me habría trastornado hasta conducirme á vuestra casa, á mí, Julieta de Tillières?... ¡Sí, es verdad!... Cuando os presentasteis ante mi vida, yo no era libre, y no debí salir á recibirlos, como lo he hecho... Me creía fuerte y soy débil; no he visto el camino por donde andaba; todo ha sido rápido y fatal... Y además, ¿sabía yo cuánto me amaba el otro? No; todo lo he sabido á la vez, y lo sentía por vos, y lo sentía igualmente por los sufrimientos que iba á producir en el más noble corazón... ¡Ah! ¡Vos no comprendéis; vos, un hombre, que no se puede hacer la ventura de uno sino á través de la agonía de otro; y esto es verdad, sí, es verdad; ¡yo no he podido!... No os miento, no discuto siquiera; os muestro el fondo de mi corazón, de mi miseria... Miradme: ved lo que me ha costado el esfuerzo, el poderoso arranque de separarme de vos; ved mi palidez y lo que sufro, y decidme si tengo el derecho de repetiros: «¡No añadáis otro dolor á mi martirio! ¡No me deis el remordimiento de pensar en que soy vuestro asesino, vuestro ó de él!...» ¡Ah! No se puede sufrir tanto como sufro... ¡Esto es demasiado! ¡Esto es demasiado!

¡Y estaba tan bella contando así el extraño drama de que ella era la primera, la fatal víctima! Porque tenía á la par esa hermosura melancólica, delicada, que remueve las cuerdas más profundas

del corazón del hombre, y ese acento de verdad que hace sentir hondamente.

Casal, á pesar suyo, abandonábase al encanto que emanaba de aquella gracia conmovedora y experimentaba el magnetismo de tanta sinceridad; su cólera primera se disipó, cediendo el puesto á una tristeza infinita en presencia de aquello que Julieta había llamado *el fondo del fondo* de su miseria...

Y después de haber divinizado y luego maldecido á esa mujer, veíala, en fin, como ella era realmente: ilógica, pero noble, delicada y sufrida, enamorada de un ideal y débil, presa de una tempestad de sentimientos contrarios y horriblemente castigada.

¿Y por qué? Por no poder renunciar al uno ni aceptar al otro.

Sentía él cierto remordimiento por su anterior dureza y experimentaba impaciencia en el acto de estar delante, casi en contacto, de aquel corazón herido, sin intentar consolarle y aliviarle.

Y con su voz natural, la voz que tenía antes de sus sospechas, voz que fué de dulcísimo acento para Julieta, replicó Raimundo:

—¿Por qué no me habéis hablado más pronto? ¿Por qué no me dijisteis la verdad cuando fui á vuestra casa después de mi conferencia con la señora de Candale? Entonces lo habría comprendido todo y todo lo hubiera perdonado... Pero ahora...

jes demasiado tarde! ¿Me pedís que arregle este asunto? ¡Ay! Ya no depende de mí... ¿Que dé excusas sobre el terreno? Eso no, nunca; es imposible...

—¡Imposible!—exclamó ella retorciéndose las manos.—¡Imposible! ¿Y decís que me amáis? Es que habla sólo vuestro orgullo, Raimundo, no vuestro corazón... Yo os lo ruego: si alguna vez he sido buena y dulce para vos, si de nuevo creéis en mí, si me habéis perdonado, si me queréis aún, escuchadme y obedecedme...

Ella continuaba acercándose á él más cada vez, sitiándole con sus ruegos, inspirándole su voluntad por la sugestión del extremo deseo, ante el cual las resistencias más decididas se debilitan y ceden, hasta que Casal la dijo, con el acento de un hombre que hace abdicación de toda su altivez:

—¿Vos lo queréis? Puedo todavía, y no me exijáis más, hacer esto: escribir á Poyanne una carta expresándole mis pesares por haberme dejado arrebatado de palabra contra un hombre de su reconocido valor... y os prometo escribir esta carta de tal manera que le parezca plausible satisfacerse con ella... Pero si no se satisface, si exige reparación, una reparación por las armas, aun después de la carta, yo se la debo y se la daré.

—Y esa carta—dijo anhelante Julieta—¿cuándo la recibirá? ¿Pronto, pronto?

—¡Seal Inmediatamente... Os doy mi palabra.

—¡Ah!—exclamó Julieta.—¡Gracias, gracias! ¡Qué bueno sois! ¡Cuánto me amáis!

Asunto suyo era decidir á Poyanne, recibida la carta de Casal, y ella no dudaba, no quería dudar, de que no conseguiría vencer los odios del conde, por fuertes que se manifestasen, en su conferencia de la noche.

Había vencido, sólo con su presencia, la cólera, los celos, el orgullo de aquel que tan cruelmente la recibiera; y en la efusión de su agradecimiento se llenaron de lágrimas sus ojos y sus fuerzas se debilitaron.

Estrechaba las manos del joven para darle apasionadas gracias, y él la sentía temblar, y temía que se desmayara allí, delante de él, como en su última visita á la calle Matignón.

Sostúvola en sus brazos y ella no le rechazó; Casal vió de nuevo reclinarse en su hombro aquel rostro pálido, consumido por la melancolía, iluminado entonces por una sonrisa angelical de contento entre su llanto, como si después de tantas luchas ese peligroso abandono inundase de mortal dulzura á aquel pobre corazón...

Y se atrevió á acariciar con la mano aquella demacrada mejilla, que no se retiró, y á imprimir sus labios en aquellos labios temblorosos, que no rechazaron el dulce beso...

¿Era quizás en ella una embriaguez nerviosa lo que reemplazaba á las violentas sacudidas del te-

mor? ¿Era en él ardor extraño, triste, profundo, ese ardor que comunica al hombre la certidumbre de que otro ha poseído á la mujer que amamos? ¿Era en los dos la obscura sensación de lo trágico de la suerte, de la miseria de la vida, que se adhiere con misterioso, invencible lazo á las palpitaciones de la voluptuosidad?

Sencillamente porque se amaban, ¿era la impetuosa, la tiránica locura de amor, que exige, á pesar de todas las prohibiciones de la razón, de todas las separaciones del destino, de todos los orgullos y conveniencias sociales, que en un momento dado los brazos se enlacen, los labios se unan, las almas se junten á través de los sentidos?

Él la llevaba en sus brazos fuera del saloncito donde había conversado tan dolorosamente, y ella no se resistía...

Y cuando más tarde Julieta salió de aquel hotel, donde hubo entrado loca de angustia y de pena, habíase entregado ya al hombre á quien acababa de suplicar que renunciase á la venganza.

¡Julieta era la querida de Casal!

XI

La última vuelta del laberinto.

El célebre aferismo de los antiguos sobre la tristeza que invade al sér viviente después del

amor, no es sólo verdadero con verdad fisiológica y natural, es también de verdad social, si así puede decirse, por las penosas circunstancias que acompañan de ordinario al despertar de nuestro pensamiento perturbado por la pasión.

Es necesario volver á ser el hombre que está sujeto á una ocupación diaria, con intereses que seguir, con deberes que practicar; y la mujer de mundo sobre la cual pesan innumerables cuidados, una casa que gobernar, visitas que recibir y devolver, reputación que guardar, todos esos quehaceres humildes de la existencia diaria.

¡Feliz la mujer que, al entrar en su casa, no ofrece al beso de su esposo ó á las inocentes caricias de sus hijos un rostro abrasado todavía por la fiebre de placeres prohibidos!

Y si únicamente estas lamentables caídas del ideal en lo real se verificasen por una gradación lenta... Pero no: muchas veces basta un detalle insignificante y una sacudida de algunos segundos.

Tal fué el caso de Julieta que, acabando de olvidarlo todo en los brazos de Casal, tuvo que recordar súbitamente la dura verdad de su situación por el hecho más vulgar: dejó á la puerta el coche de punto, y el cochero, cansado de esperar, habíase apeado del pescante y paseábase cerca del carruaje, haciendo sonar en la acera las ferradas suelas de sus zapatos; y cuando reconoció á su parroquiana,